

nueva organizacion. Mientras que errantes y movibles como las arenas no tenian otra ocupacion que la guerra, en la que les acompañaban sus mugeres é hijos; mientras que la virtud mas recomendable en ellos era el valor, por el que elegian los capitanes y respetaban la nobleza, por la que nombraban reyes; necesitaban pocas leyes: vencedores, imponian al vencido la ley del conquistador, sacando de él sus recursos, y vencidos, se refugiaban en sus selvas á rehacerse. Sin nacionalidad propia, puede decirse, aceptaba el godo las leyes de las naciones á quienes servia, cuando la suya no estaba en guerra.

Fijada, empero, su nacionalidad; llegado el tiempo de reemplazar con la idea al coloso, que habia derrocado con las armas; precisado á vivir en constante comunicacion con el pueblo vencido, necesitaba ya el pueblo godo fijar sus leyes, puesto que habia fijado su cuerpo y su espíritu; necesitaba aumentarlas, puesto que habia aumentado sus necesidades; modificarlas, como habia modificado sus inclinaciones. ¿Y de dónde sacar la luz para alumbrar el caos porque la sociedad atravesaba, luz cuyo resplandor dejase ver el camino, que en la senda del progreso habia de seguir aquel pueblo, destinado á obrar en el mundo tan gran revolucion? En la nobleza goda no podia encontrarse: la guerra habia sido su única vida y solo al estudio de la guerra habia aplicado sus facultades. En la guerra veia su poder y no deseaba la paz. La muerte de Atilfo lo atestigüa. Quiso dar quietud á su pueblo y no quisieron comprenderle.

Pero en medio de tantos disturbios, de tantas conmociones, el cristianismo progresaba. Los fieles se congregaban y llenos de fé en el porvenir de los hombres, esperaban una nueva era de paz y de ventura. Puede decirse, que en el siglo V, cuando los pueblos bárbaros inundaban la Europa, existian dos sociedades en una misma. Desoladora la una, que en los campos de batalla se disputaba el territorio con sangrientas armas; humilde la otra, que en el silencio aspiraba tambien á conquistar el mundo, sin mas armas que la verdad. Y mientras que el pueblo que habia de impulsar al mundo en su marcha por la senda del progreso, se hacia dueño de nuestro pais, el árbol del cristianismo tendia sus ramas en todas direcciones. Y el pueblo godo harto de la guerra y comprendiendo que en la paz, y solo en la paz se cumplen los destinos de las naciones, se cobijó á su sombra.

He aquí la union lójica de los monarcas y el clero godo. La sociedad era un caos, porque el pueblo romano que hasta entonces le habia impulsado habia muerto; los que con ideas nuevas querian salir de las tinieblas necesitaban luz, la

luz no brota del choque de las armas, no podia, por tanto, brotar del belicoso espíritu de la nobleza goda; la luz que habia de iluminar el universo y sin la cual era imposible dar un paso, era el evangelio, que habia reducido á escombros el edificio de la antigua civilizacion, y la luz del evangelio solo podia brotar de la mente de aquellos, que elejidos por el pueblo cristiano, que en el fondo de la sociedad pagana nació y tomó incremento, verificaban con su piedad la regeneracion social, que los conquistadores no hubieran podido verificar por la fuerza.

Este es el ejemplo mas palmario del poder de la razon.

Mientras que el imperio romano trataba inútilmente de reconstruir el edificio que se desplomaba, poniendo en juego todos sus recursos; el cristianismo, perseguido y arrojado á las fieras y á las hogueras sus sectarios, se multiplicaba admirablemente, y de cada gota de sangre inocente, que manchaba el suelo, brotaban mil cristianos, como semilla á que Dios hubiese dado su bendicion. Y mientras las naciones se hundian en el polvo, sin que la fuerza de sus armas sirviese á prolongar un instante su vida; el cristianismo, que lejos del estruendo de las armas, proseguia su obra de emancipacion, fué el único apoyo del pueblo que quiso hacer á los hombres libres y hermanos á los enemigos.

Y en efecto, los prelados enseñaron al rey que su oficio era *gobernar bien*, no devastar, como hasta entonces lo habian hecho, puesto que *la autoridad que el pueblo le conferia*, estaba instituida *en beneficio del pueblo* y no para satisfacer su capricho. Ellos establecieron el gran principio de que vencedores y vencidos son hermanos, como lo son todos los hombres, y borraron de las leyes la abominable *ley de raza*. El clero, representado en los concilios, era en aquella época el *evangelio*, que se encarnaba en la sociedad. Con su piedad é ilustracion; ansiando hacer libre el mundo que nacia, rompía las cadenas que aún le ligaban con el mundo que espiraba. Era el sol que ahuyentaba las tinieblas, la lluvia benéfica que despejaba la atmósfera corrompida por el vicio, el triunfo del derecho sobre la fuerza, de la idea sobre el hecho, del espíritu sobre la materia.

Aunque sucintamente, por falta de tiempo y espacio, creemos haber demostrado que la influencia del clero fué legítima en la época de los godos, y necesaria para la civilizacion, puesto que *la fórmula eterna del progreso*, que es el *evangelio*, estaba simbolizada en él, en oposicion al espíritu destructor de todos los pueblos en su infancia, cuya vida es la conquista. Por algunas ligeras indicaciones hemos visto tambien que ésta influencia fué saludable, puesto que el clero, por